

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

El asesinato de ocho periodistas en la comunidad de Uchuraccay, el 23 de enero pasado, provocó una conmoción en el Perú y en el mundo. La noticia dio la vuelta al globo; fue comentada por *The New York Times* y *Le Monde*, y un semanario norteamericano, *The Nation*, dedujo de ella que la democracia peruana ha fracasado y que este país se asemeja cada día más a El Salvador y Chile.

En el Perú, las fuerzas progresistas organizaron una formidable movilización de protesta por el crimen: discursos en el Parlamento, manifestaciones, vehementes memoriales, montañas de tinta y papel exigiendo justicia y castigo, y entrevistas y artículos en que ardorosos intelectuales demostraron, a partir de la tragedia, que el Perú es ya Chile, El Salvador y aún cosas peores.

Mucho menos ruido ha causado la matanza de sesenta y seis campesinos —entre ellos, muchas mujeres, ancianos y niños— de la comunidad de Lucanamarca, en el departamento de Ayacucho, el domingo 3 de abril, por guerrilleros de Sendero Luminoso. En el exterior nadie ha dado la menor importancia al asunto, y aquí en el Perú ni los partidos políticos, ni el Parlamento, ni las asociaciones que velan por los derechos humanos se han pronunciado al respecto. Los intelectuales progresistas, a quienes tanto sublevó el crimen de Uchuraccay, guardan una empapinada mudez sobre este otro crimen y los diarios que les sirven de tribuna apenas se dignan mencionar lo ocurrido. Lo que se desprende de todo ello es tan elocuente como deprimente: la indignación moral de la izquierda ante la injusticia parece estar entre nosotros, por asombroso que esto suene, en relación directamente proporcional con la raza, el oficio y la residencia de las víctimas, y, también, con el provecho político que puede extraer de aquella indignación moral. Si en vez de ser indios, campesinos y habitantes de una remota serranía, los sesenta y seis asesinados de Lucanamarca hubieran sido blancos, periodistas y limeños, y sus asesinos no hubieran sido guerrilleros, sino policías, las protestas de nuestros políticos e intelectuales progresistas retumbarían, como cañonazos y encontrarían ecos multiplicados entre las gentes e instituciones sensibles del mundo occidental.

Y, sin embargo, todos aquellos a quienes la matanza de los ocho periodistas asombró y enfureció harían bien en tratar de conocer con detalles lo sucedido en Lucanamarca, porque esta nueva matanza arroja una luz terrible sobre la anterior y permite comprender mejor lo que ocurrió a los infortunados periodistas y a sus victimarios, es decir, esa suma de hechos, estados de ánimo y circunstancias que explican el crimen y que muchos se resisten todavía a admitir.

¿Qué ha pasado en Lucanamarca? Las declaraciones de los sobrevivientes, que se hallan en el hospital de Ayacucho, trazan un cuadro que es ya poco menos que prototípico en las regiones apartadas donde Sendero Luminoso inició hace tres o cuatro años trabajos de adoctrinamiento y organización entre el campesinado. Esta labor se llevó a cabo sin tropiezos ni interferencias policiales durante mucho tiempo, pues no se registran incidentes en la zona, que estaba desguarnecida, hasta hace algunos meses. El puesto policial más próximo a Lucanamarca es Huancasanos, a unas cuatro horas de marcha por quebradas abruptas.

La influencia de Sendero Luminoso en la comunidad debió de ser grande, pues la mayoría de los comuneros siguió las consignas de la guerrilla de abstenerse, votar en blanco o viciar el voto en las elecciones presidenciales de 1980: cincuenta y uno por ciento, porcentaje muy alto comparado con el país y con el resto del propio Ayacucho. Todo indica que la colaboración de los comuneros de Lucanamarca con Sendero Luminoso fue dictada más por razones tácticas —acomodarse con quien representaba el poder real en la región— que por una adhesión íntima a su ideología, a juzgar por los acontecimientos posteriores. Cuando el poder de la guerrilla comienza a ser resistido en otras zonas campesinas, y combatido militarmente, es decir, cuando los comuneros de Lucanamarca se ven ante la necesidad de pasar de una ayuda más o menos

pasiva e impune a Sendero Luminoso a una participación activa en una guerra y a sufrir, por lo tanto, las consecuencias de la represión, esta colaboración se deteriora y surge el entredicho.

No hay duda que Sendero Luminoso consideraba a la localidad una base de apoyo segura. Según los sobrevivientes de la matanza, un destacamento guerrillero se instaló en Lucanamarca por espacio de dos meses, octubre y noviembre del año pasado, y llevó a cabo un intenso trabajo doctrinario en la comunidad. Paradójicamente, debe de haber sido en esa etapa cuando surgieron las primeras fricciones entre guerrilleros y campesinos, y por la misma razón que en otros sitios. Tener que proveer abrigo, víveres, vestido y combatientes a los senderistas es algo que resulta tarde o temprano una pesada carga para quienes difícilmente pueden entender la peculiar filosofía, de un grado extremo de esquematismo y abstracción, de esta variante ultraortodoxa del maoísmo.

Las fricciones se convierten en choques violentos en febrero de este año, casi al mismo tiempo que en otra provincia de Ayacucho —Huanta— se producían también enfrentamientos y refriegas entre los senderistas y unas comunidades que hasta entonces coexistían sin problemas con los guerrilleros. A mediados de febrero, en una disputa por un rebaño de ovejas, una patrulla de Sendero Luminoso mata a tres pastores de Lucanamarca.

Para entonces todo el interior de Ayacucho está profundamente turbado. Ha comenzado una ofensiva antiguerrillera, dirigida ahora por las Fuerzas Armadas; destacamentos policiales y militares recorren el campo, y la dureza y los excesos que la acción represiva alcanza a veces constituye un factor que contribuye decisivamente a exasperar las presiones a que se ven sometidos los campesinos. Al mismo tiempo, apresurándose, como lo comprobaría muy pronto, Sendero Luminoso cree que ha llegado el momento de pasar a una etapa superior de la lucha y, en las regiones que controla o cree controlar, dicta las consignas de autoabastecimiento y control de la producción —producir sólo lo necesario para el consumo y prohibición de comerciar— que generan un fuerte rechazo entre el campesinado.

Igual que en las comunidades iquichanas de Huanta y por las mismas fechas —coincidencia significativa— los comuneros de Lucanamarca deciden tomar «el partido del Gobierno». Pero quienes creyeran que ésta es una decisión motivada por su amor a la libertad y a la democracia cometieran un error tan grave como los que piensan que su anterior colaboración con Sendero se inspiraba en su fe en la revolución y el socialismo. Nada de eso. Los comuneros de Lucanamarca están tan lejos de esas nociones como los de Uchuraccay, tan apartados de esas elaboraciones abstractas como lo están de Lima y del siglo XX. Para ellos, el problema crucial, el que orienta todas sus decisiones es, sim-

plemente, el de la vida y la muerte, o, mejor dicho, el de la supervivencia o el del mal menor, ya que para el miserable comunero la vida es desde tiempos inmemoriales sólo un mal, de intensidad y grado distintos. Elegir entre Sendero y el Gobierno no es para él optar entre el maoísmo y la democracia, sino entre dos formas de presión y de opresión, entre dos miedos y servidumbres.

El 14 de marzo los comuneros de Lucanamarca vengan a sus tres pastores asesinados, asesinando a su vez a seis de siete senderistas que llegan a la comunidad. Los matan a pedradas y garrotazos. ¿Son todas o algunas de las víctimas miembros de alguna comunidad campesina rival de Lucanamarca? En todo caso, a partir de la muerte de estos seis guerrilleros, el antagonismo con la comunidad o región de donde proceden es inevitable. Sobre esto último no hay testimonios, pero las rivalidades étnicas y regionales aparecen siempre detrás de las tomas de posición y comportamiento de los campesinos en la lucha entre Sendero Luminoso y las Fuerzas del Orden.

Estos son los antecedentes de la matanza del Domingo de Resurrección. Conscientes de que podían ser objeto de represalias, los comuneros enviaron una delegación a Huancasanos a pedir una protección policial que no obtuvieron. Esta iniciativa los colocó definitivamente en la posición de enemigos declarados de la guerrilla.

La brutalidad de la matanza del 3 de abril no se debe, como ha dicho alguien, a la «demenzia» de los dirigentes senderistas. Todo lo contrario; es una medida lógica, coherente con esa mentalidad fría y eficaz que ha llevado a Sendero Luminoso a dinamitar puentes y centrales eléctricas y a ejecutar a las autoridades elegidas de los caseríos. Se trataba de hacer un escarmiento ejemplar, de demostrar al campesinado que, pese a los reveses sufridos en los últimos meses, Sendero Luminoso sigue entero y activo, y el precio que pagarán quienes lo traicionen o se le enfrenten.

La demostración fue hecha con todo éxito. Cómlices de la guerrilla dentro de la comunidad, se las arreglaron para alejar a medio centenar de comuneros a hacer trabajos en una trocha, en el anexo de Yerpapampa. Desde allí oyeron los tiros y dinamitazos en el pueblo. Cuando corrían a auxiliar a los suyos fueron emboscados y diezmados a balazos y hachazos. Entre tanto, en Lucanamarca tres milicias senderistas, de unos cuarenta combatientes cada una, venidas de distintas direcciones, sometían a hombres, mujeres y niños a un vertiginoso aquejarse de acuchillamientos, degüellos y mutilaciones y, finalmente, incendios y despojos. Los guerrilleros partieron dejando sesenta y seis cadáveres y muchas viviendas carbonizadas y llevándose consigo los rebaños de la comunidad.

Se pueden reprochar muchas cosas a Sendero Luminoso, pero nadie puede negar claridad en sus designios y en sus métodos. Otras guerrillas, menos fanatizadas e ideológicas, tratan de hacer pasar gato por liebre, de presentar como algo distinto lo que son y lo que hacen. Los senderistas no engañan a nadie y si no está muy claro el tipo de sociedad que quieren establecer si lo están, en cambio, los medios que han decidido usar para conseguirlo.

Es posible que los intelectuales progresistas de Lima no hayan comprendido lo que está en juego. Ellos se encuentran lejos y a salvo. Pero los campesinos de Ayacucho, primitivos y desinformados como son, lo han comprendido con total lucidez, y porque saben de qué se trata tienen miedo y rabia, viven aturdidos y enloquecidos entre estas violencias nuevas y contradictorias que han venido a sumarse a la violencia cotidiana de hambre, desamparo y aislamiento que es su vida. Y porque se sienten así y esperan que les ocurra de pronto lo que les ha ocurrido a los decapitados y degollados de Lucanamarca, a veces se precipitan a matar con ese salvajismo con que mataron en Uchuraccay. ¿Son ellos, realmente, los culpables?

Mario VARGAS LLOSA

CERAMICAS DE ALTA CALIDAD

paz y cia.

pavimentos y revestimientos cerámicos

Exposiciones:
Alcalde Sainz de Baranda, 61
Rodríguez San Pedro, 5
Ctra. de Valencia, Km. 25.500
Arganda del Rey (Madrid)